

LOS QUE RECIBEN LAS BOFETADAS



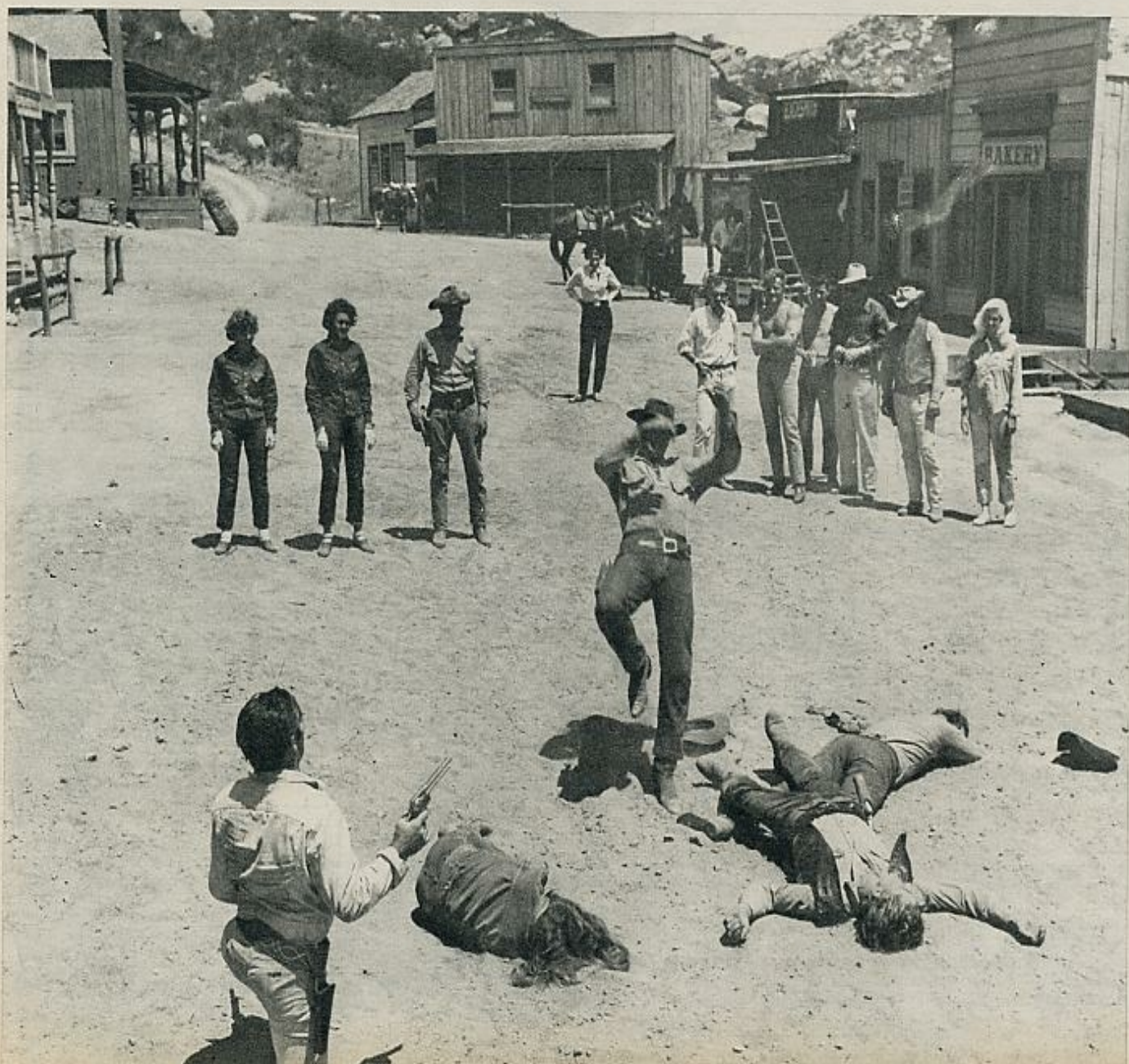
EN el complejo mundo de la industria cinematográfica existe un apartado casi desconocido, del que forman parte hombres cuyos nombres jamás aparecen en los títulos de crédito, y que constituye una de las ramas de trabajo que —sobre todo en el mundo actual, cuando los films espectaculares y de aventuras forman el grueso de la producción llamada «media»— más frecuentemente actúan. Se trata de los llamados «stuntmen», «cascadeurs» o «especialistas». Son, sencillamente, «los que reciben las bofetadas». Cuando una escena requiere caídas, golpes o cualquier peligro físico, estos hombres sustituyen a las primeras figuras que, luego, aparecerán en los primeros planos en el momento de levantarse. No es ya que la estrella se atreva o no a realizar el ejercicio arriesgado o a exponerse a que le pongan un ojo morado. Por encima del capricho personal están los intereses de producción, que hacen que se considere que es preferible pagar sumas elevadas a un personaje anónimo para que corra un riesgo, que depender de la eventualidad de un accidente que pueda tener como víctima a una primera figura, con los correspondientes gastos de seguros, interrupción del rodaje, etc... Ahora bien, en Europa, donde la profesión de «especialistas» ha ido generalmente mezclada con otras más seguras, todo, hasta ahora, se ha fiado un tanto a la improvisación. Concretamente en España, hasta el auge de las películas «de romanos» y las grandes superproducciones de Bronston, estos cometidos se encomendaban, salvo excepciones, a miembros, activos o no, del Ejército, que prestaban su colaboración de un modo desinteresado. Ahora las cosas han variado, existe un cuerpo excelente de hombres que realizan los ejercicios más descabellados y peligrosos, pero, aunque sindicalmente deba hablarse de una verdadera profesionalización, de hecho puede decirse que, al menos en lo que se refiere a la formación de quienes se dedican a este duro menester, se trata de «amateurs». Sin embargo, en Estados Unidos, y desde hace ya tiempo, puede hablarse de una verdadera formación profesional, hasta el punto de que existen academias reconocidas y prestigiosas a las que asisten, y en las que son seleccionados, los que piensan dedicarse a este trabajo. De ellas, la más popular es la que dirige Jimmy Lee Cook, donde, por espacio de seis semanas, y en grupos no superiores a doce, los alumnos estudian lo necesario para lograr un título que tiene validez ante el Sindicato de Actores. El plan de estudios es bastante riguroso. Los aspirantes, antes de ingresar, han de pasar por una prueba de cultura general, saber conducir automóviles, mon-

SIGUE





Les llaman «stunt-men», «cascaours» o «especialistas». En realidad, son sencillamente, los que reciben las bofetadas. Cuando una escena requiere caídas, golpes o cualquier peligro físico, estos hombres sustituyen a las primeras figuras que, luego, aparecerán en los primeros planos en el momento de levantarse. Es una profesión como otra cualquiera; mejor dicho, más arriesgada que otras, que exige una concienzuda preparación, como en esta «academia» estadounidense, dedicada, en especial, a preparar a los «stunt-men».



LOS QUE RECIBEN LAS BOFETADAS



A medida que la escena avanza, se necesita que los efectos de violencia conseguidos sean más espectaculares. Una vez que se han derribado unas docenas de «enemigos», uno más no hace al caso. Tiene que lograrse algo especial. Y no puede discutirse que el salto mortal que muestra la fotografía se sale de lo corriente.

tar en bicicleta, a caballo, en moto, esquiar y nadar y tener una constitución física a prueba de bomba... El curso de iniciación, que sigue al ingreso, es también de carácter eliminatorio; y al final de los estudios prácticos sólo llegan el 65 por ciento de los ingresados. El profesorado está compuesto por miembros destacados de la profesión, además de por técnicos de la cultura física, y en cada promoción

salen alumnos que rápidamente consiguen trabajo estable y bien remunerado en los principales estudios. Naturalmente, la retribución aumenta —por una escala de primas— a medida que lo hacen los riesgos de la misión encomendada. Es requisito indispensable, pues, el no tener miedo. Si no, y a pesar de toda la formación técnica, los «especialistas» pueden ser desplazados por los que, sin ella,

vienen directamente de los circos, que son los más suicidas. Pero, en todo caso, hay siempre una serie de cualidades que sólo da —como en todas las ramas del quehacer— la profesionalidad. Y esta nueva profesión, tarde o temprano, acabará por organizarse en todo el mundo como hoy lo está en Estados Unidos.

(Fotos I. P. I.)